



Guillermo Feliú Cruz.

LA ESTANCIA DE RICARDO PALMA EN CHILE

(1860-1863)

La América Hispana celebró el 7 de Febrero el nacimiento del tradicionista peruano Ricardo Palma. Chile le rindió su homenaje. Hablaron en la prensa, recordando su óptima labor, nuestros más destacados escritores. La Biblioteca Nacional se asoció como la más alta institución cultural de la República, a ese acto de justicia y de solidaridad americana. Habló allí el autor de este estudio, un joven y reputado erudito, en quien a la sagacidad en la exposición de los hechos, se añade el sentido de la belleza. La revista *Atenea* publica ahora esas páginas, allegando así su homenaje a la primera figura literaria del Perú. (*La Redacción*).

EN todas las vidas humanas llamadas por el sino inexplicable del destino a la grandeza, al imperio del talento, puede notarse que hay en ellas un instante que decide de la carrera ulterior. Tal en el caso de Ricardo Palma. Su estancia en Chile, breve, pero

fecunda para el escritor, para el artista y el poeta, fué definitiva en la vida literaria de este soberbio prosador. La vocación, que no es otra cosa que la conciencia individual de una capacidad excepcional en cualquier orden de la actividad, acrecentóse en Palma en nuestra tierra. Venía de vivir una bohemia intensa en las letras en la capital del virreinato. Venía expatriado, porque esa misma bohemia romántica le había impulsado a mezclarse en el mar proceloso de las luchas políticas.

En efecto, ¿qué había sido Palma antes de 1860? Un muchacho soñador, un poeta de comparsa en el grupo de sus primeros días de hombre de pluma. Unido a la generación de 1848, al lado de Armando Márquez, Nicolás Corpancho, Adolfo García, Numa Pompilio Llona, Clemente Altahus, Luis Cisneros, Carlos Augusto Salaverry, Enrique Alvarado, José Antonio Lavalle, Mariano Amézaga, Francisco Lazo, Pedro Paz Soldán y tantos otros, todos nacidos como Palma en 1833, inician en la ciudad de Lima el movimiento del romanticismo literario y la etapa del romanticismo político. Es ese uno de los períodos más interesantes de la historia literaria del Perú republicano; y es, a la vez, el más significativo en la evolución intelectual del siglo XIX en todo el continente. Sin embargo, las alas azules del romanticismo europeo, al emprender el vuelo hacia la América Hispana, se quemaron en las regiones ardientes y calcinadas de los trópicos y se entumecieron en las regiones heladas y yermas de los polos. Porque ¿qué nos dejó la escuela del romanticismo como obra de belleza estética permanente y de originalidad creadora? En la poesía buenos imitadores, carentes de talento superior. Apenas si salva el período, el gran cubano Heredia. En la novela ¿qué nos dió? La figura cíclica de Blest Gana y la dulce e idílica *María* de Isaacs; en la cual aprendimos a llorar los trágicos quebrantos del amor de una

ingenua adolescencia. El teatro... ¿pero vale la pena siquiera mencionarlo? Diálogos larguísimos, monótonas versainas, Se salvó, en cambio, la historia, y no hay duda que cada país de América tiene su libro histórico concebido a la manera de Thierry. (Los preceptistas incluyen siempre entre los géneros literarios la oratoria, y si se hubiera de hacer la historia del romanticismo, yo, deliberadamente, excluiría este arte por ser endémico del país americano hablar en todos los tonos, siempre en forma vacía, hueca, rimbombante. Así se habló en la colonia. En la independencia. Y mucho más, en nombre de las quimeras de la libertad y del derecho, durante la República. Hablaron el togado, el sacerdote, el demagogo, el tiranuelo. Todos hablaron, y por eso creo que la oratoria es cosa propia de la América autóctona. Es un fenómeno *sui generis* de ella).

No estimo que el género de la tradición, creado por Ricardo Palma, pueda considerarse como fruto universal del romanticismo americano. Los elementos que la componen son evidentemente románticos. Desde luego, la reconstitución histórica. La mezcla de la leyenda a un hecho cierto, pero desfigurado en los accidentes para dar cabida a la intención, y la libertad con que se mueve el autor para encontrar el tono del tiempo, son ya aportes imaginativos, que el talento de Palma llevó a lo inimitable. Cuantos se propusieron seguirlo fracasaron. Por eso en estricto sentido crítico, no es posible considerar la tradición como algo americano y como un triunfo del romanticismo. Es una modalidad propia en la historia literaria del Perú, sin antecedentes cercanos ni lejanos en la evolución de las letras castellanas. Aun habría que restringir el concepto anterior, y lo natural sería decir que es la manera creadora de un gran artista. No es tampoco el *criollismo* en la literatura de ese

país. Pero sí es la superación del tipo del *criollo culto literario*.

A la manera de Walter Scott, y sin que tampoco en mucho se le asemeje, Palma en las tradiciones inicia la reconstitución del vasto período histórico del Perú. Comienza en la conquista, sigue con la etapa virreinal y continúa con los treinta o cuarenta años de la república. No sólo reconstituye el pasado con imaginación de artista, no sólo se permite ciertas livianuras y escarceos por la incierta veracidad de la leyenda, no sólo se ambienta en la crónica y en la historia; ensaya también, para colocarse en el todo del tiempo, un estilo de tal manera castizo, de la época, de tal manera castellano, que hay una relación de continuidad perfecta de lugar entre el lenguaje y el ambiente. A Walter Scott la crítica le ha observado que todo el inmenso poder de imaginación interpretativo de este hombre, no estuviese en relación con el lenguaje del tiempo que describe. La tradición creada por Palma, habría, pues, que definirla a la manera de Ventura García Calderón, que la llama «monstruo engendrado por las falsificaciones agridulcetes de la historia y la caricatura microscópica de la novela». Sólo le faltó añadir: y un lenguaje de rancia prosapia castellana. Por eso el género de la tradición no es americano ni pertenece al ciclo del romanticismo. Es peruano. Es una originalidad creadora, personal, una manera de ser de Palma.

Estamos en 1848.... Por esos días, el adolescente Manuel Ricardo Palma que recién comienza a impregnarse de tinta de imprenta, que ya no volverá a dejar jamás, es sólo un poeta ilusionado. Únicamente un poeta, pero con todos los defectos del que fué por algún tiempo el numen de su inspiración y el consejero de sus primeros ensayos literarios. Se llamaba ese maestro Fernando Velarde, español de las montañas

santanderinas, hombre de verbo oratorio en poesía, de imaginación atropellada, de estética puramente romántica, buen amigo, de abiertos y puros sentimientos y «gran capitán—como dijera el mismo Palma— de la bohemia limeña....» cuyas composiciones nos cautivaban por lo musical de ellas y por la elevación un tanto apocalíptica de las imágenes. En los flúidos y armoniosos versos de Fernando Velarde, encontrábamos un vago perfume de idealismo y de misterio. Para nosotros no era un poeta discutible, sino un poeta que se imponía. Lo admirábamos.... porque sí.... razón magna y contra la cual se estrella toda crítica. En sus versos había mucho de estruendoso, como en la música de Verdi». Y a la verdad que Velarde podía ser admirado y estimado por esa juventud limeña de 15 años. El poeta hablaba de amor, de libertad, de mujeres suaves y tiernas, de encajes y filigranas; de todo eso, en fin, que en esa edad divina nos parece tan grande y puro. Palma perdió el tiempo siguiendo a Velarde como todos sus compañeros de cenáculo. La bohemia del escritor novel no es más que el regazo cariñoso de las letras, como al niño le es el seno amable de la madre. Se vagabundea con las ideas, se trazan las primeras y felices ilusiones ¡ay! de tantos proyectos literarios, que la realidad luego desvanecerá. Pero cuando ella se lleva con los hombres de nuestros mismos pensamientos y con los buenos compañeros que cruzaron con nosotros las aulas de la escuela, es como el sol de la mañana, diáfano, y tiene la nitidez de los brillantes. «Nosotros,— ha recordado después en años de ancianidad—los de la nueva generación, arrastrados por lo novedoso del libérrimo romanticismo, en boga a la sazón, desdenábamos todo lo que a clasicismo tiránico apestará, y nos dábamos un hartazgo de Hugo y Byron, Espronceda, García Tassara y Enrique Gil. Márquez se sabía de coro a Lamartine; Corpancho no equivo-

caba letra de Zorrilla; para Adolfo García, más allá de Arolas no había poeta; Llona se entusiasmaba con Leopardi; Fernández, hasta en sueños recitaba las doloras de Campoamor; y así cada cual tenía su vate predilecto entre los de la pléyade revolucionaria del mundo nuevo. De mí recuerdo que hablarme del *Macías* de Larra o de las *Capilladas* de Fray Gerundio, era darme por la vena del gusto».

Así como ese grupo de muchachos tenía su poeta, el Mecenaz de la bohemia era un tal doctor don Miguel del Carpio, magistrado, estadista, ministro de estado varias veces y literato mediocre. Protegía a los escritores dándoles destinos burocráticos, verdaderas canongías en oficinas extrañas, arrancadas al presupuesto nacional, para meter, de cuando en cuando, al algún literato rezagado. Palma, como muchos de sus compañeros, fué agraciado con un puesto. Allí escribió algunos versos, que después, andando el tiempo, destruyó. Otros compusieron malísimas novelas. Y no faltó quienes ensayaran el teatro con dramas abracadabrantes y zarzuelas soporíferas. Al terminar el mes venía la paga, y las loas al magnífico Mecenaz.

Las primeras colaboraciones de Palma publicáronse en el periódico limeño *El Diablo* en este mismo año de 1848. Su labor se divide en muchos versos líricos y en algunos ensayos críticos, que apenas si merecen tal nombre. En otro periódico de tendencia satírica llamado *El Burro*, aparecido en 1852, cultiva el género jocoso. Palma fué, un gran burlón, un regocijado ingenio, un avisgado humorista. Era esceptico, malicioso y frío. Saber extraer el sentido del ridículo y explotarlo sin crueldad para los defectos humanos, es alto premio de Dios. La vida es, ciertamente, una danza macabra de necedades y prejuicios, que deben destruirse con la gracia despiadada del humor.

Al año siguiente, 1853, publica el primer libro. No son versos los que contiene el volumen intitulado

Corona patriótica. Es una serie de insustanciales biografías. ¿Queréis conocer el estilo pobre del que fué más tarde señor de nuestra prosa? Dice: «Años hace que mi voz se eleva para saludar el día más clásico de la historia del pueblo, donde la mano de la Providencia me señalaré un espacio para cuna y donde tal vez encontraré mi cabezal postrero. Independiente como el que más, mi corazón juvenil se ha henchido de entusiasmo ante los recuerdos que el 28 de Julio despierta. Hijo de América, he saludado el sol de Julio, el sol de la libertad, y mi fe de cristiano ha consagrado al santo de Israel un himno que vibra en lo más íntimo de mi corazón».

Ese es el tono a los veinte años. Puro romanticismo. . . . Debemos caminar un poco más para encontrar al poeta todavía aprisionado por Velarde y por los compañeros de la encantadora bohemia. En Junio de 1855 publica un tomo de 115 páginas con el título simple y sencillo, de *Poesías*, en el que junta los versos escritos desde 1848 hasta ese año. En ese libro Palma se revela un buen versificador, mas ingenioso que inspirado, más sentimental a la manera romántica, sensiblera y llorona, que con sincero deseo de querer sentir y comprender qué cosa es el dolor, la ternura y la pena. Pero el fondo de lo que había de ser el poeta ya se encuentra en estos versos. Antoine de Albat y hoy día el estilógrafo alemán Jensen, afirman con gran caudal de pruebas que la factura literaria de concebir del escritor, no varía desde su primer ensayo hasta su última obra. Es decir, hay una expresión constante y permanente de palabras, de ideas, de metáforas, de giros, de formas verbales y adverbiales, de sentimientos y emociones, que son originales y propias del escritor y que no cambian desde la primera cuartilla borroneada hasta la obra maestra. A esto llama Jensen la estilopsicología. De ser así, Palma confirmaría la observación. El tono e inclinación del poeta

no cambiará. La corrección de la estrofa podrá ser mejor trabajada; el cincel del orfebre, más diestro con los años, pero ya está aquí plasmada la ironía del poeta, retratado borrosamente el gracejo zumbón del tradicionista. Vemos también que la poesía lírica no es la mejor que cuadra a su temperamento humorista.

No creo conveniente detenerme más en la labor literaria del peruano. A partir de ese año de 1855 hasta 1860 su tarea se reparte en las colaboraciones de periódicos.—*El Liberal* y *El Diario*—; en prólogos a las obras de escritores cegados en la plenitud del talento, como el que escribiera para la del comediógrafo Manuel Asencio Segura, o bien, en versos que aparecen en compilaciones poéticas. Labor escasa, de ocasión, porque el burócrata está absorbido en los quehaceres oficinescos, y se prepara a conspirar.

El romanticismo literario dió vida al romantiscismo político en América. Mezcla de ideas exaltadas del jacobinismo, aspiraciones indecisas de libertad, tumultuosas ensoñaciones de la felicidad del pueblo, odio a la autoridad y desprecio por la jerarquía social, los ecos de las revoluciones de la Europa burguesa y parlamentaria, encontraron en América un terreno fértil y apropiado en los hijos de esos padres que habían hecho la independencia saturados de la lectura de los enciclopedistas y de la clásica división de los poderes, y que en sus hogares todavía hablaban de Rousseau, exaltando la suma de todos los derechos sin reconocer obligación alguna. Ahora la campaña contra el poder se llamaba liberalismo y la felicidad de los pueblos creía encontrarse en las utopías de una constitución ideal. Si estas ideologías tuvieron un valor realmente social en Europa y contribuyeron a levanta, la dignidad humana en esta pobre América Hispana semillero clásico de tiranuelos civiles y militares, no iba a ser otra cosa que una lucha brutal contra el

mandón alzado, y no dejaría más que un reguero clamoroso de sangre, de traiciones cuarteleras, de ambiciones, de crímenes infames, de robos y saqueos, de tristezas, llantos y desconsuelos. ¡La sombra curvada y negra de la tiranía aplastando los principios!

En el Perú, la legendaria figura de José Gálvez encabeza la reacción liberal contra el gobierno. Hombre de acción, ideólogo sin gran sentido de la responsabilidad que entraña gobernar estas nuestras repúblicas bárbaras, apóstol de la soberanía del pueblo, filósofo de la dictadura de la inteligencia, caudillo del sufragio universal, Galvez, hijo puro del libérrimo romanticismo, empuña en sus manos el estandarte de la protesta y la rebelión. A su lado le hace coro la juventud peruana, y Ricardo Palma creía en la quimera.... Pero había que enfrentárselas en la lucha con uno de esos tipos de tiranos organizadores que poco abundan en estas latitudes. Se llamaba el Mariscal Castilla. Héroe de la Independencia, caudillo de motines, voluntad de acero, energía indomable, el sentido de la disciplina republicana, del orden en el presupuesto y en las entradas fiscales, del respeto jerárquico al poder le hablaban más claro esas nociones fundamentales de su deber de gobernante, que las confusas abstracciones de sus enemigos. Y estalló la conspiración. Se asaltó el palacio de gobierno en la madrugada del 23 de Noviembre de 1860. Castilla empuñó la mano de acero. Galvez escapó. Palma, Saavedra, Rivas y Madueño buscaron refugio. El gobierno los acusó de delincuentes comunes por haber atacado al Presidente a mano armada con la intención de asesinarlo. Vino la persecución. Gálvez y Palma se asilaron en la Legación de Chile. El geógrafo don Francisco Solano Astaburuaga, los amparó en su casa. ¡He aquí la primera jornada y la primera derrota de Palma como político!

.....

«Por nota oficial le doy cuenta de una revolución sucedida en la mañana del 23 y que fué sofocada por los mismos soldados destinados a efectuarla, le escribe el Ministro Astaburuaga al Ministro de Relaciones de Chile don Antonio Varas. Esta tentativa fué provocada por los partidarios de la revolución de la Palma en 1854, de ideas exaltadas, que elevaron al mismo Castilla y que éste, como has ucedido con los pelucones, ha ido descartando por lo difícil que es gobernar con ellos. Es una revolución en que no toma parte el pueblo, que es decidido por Castilla.

«También le doy cuenta de dos asilados (Gálvez y Palma) que tengo en casa. Es esta una carlanga y un percance de estas Legaciones, y necesito acomodarlos del mejor modo posible, obsequiarlos, proveerlos de cama y demás necesarios. Le aseguro que no tendrán que decir que un representante de Chile traiciona la nobleza y generosidad peculiar a nuestro carácter» . . . «En esta revolución—, añade el Ministro—aceptada por las gentes principales y de suposición por acá, hay complicados directa o indirectamente algunos personajes de primer orden; pero lo que es más, es que los descontentos son muchos. De otro modo que el atentado veo que es muy difícil echar abajo al general Castilla.»

Al asilo, siguieron las reclamaciones diplomáticas contra el representante chileno por haber amparado «a dos delincuentes de atroces delitos de reos comunes», como calificaba el Ministro de Relaciones Exteriores del Perú a esos hombres que serían con el andar de los años glorias de la patria. Gálvez, el héroe del 2 de Mayo en el combate del Callao contra la flota española, y Palma el nombre más representativo de sus letras. Pero el lenguaje del vencedor en las contiendas políticas de América es así. Habla en nombre del derecho, cuando lo ha escarnecido. Injuria la honra del vencido cuando ha vejado la del gobierno. Alza la voz de la

moral cuando la ha prostituído comprando con los dineros del pueblo que oprime, las conciencias y el pudor. ¡Qué mascarada la de esta América republicana y democrática!

Vinieron después días de sosiego y el Ministro de Chile consiguió que los asilados caminaran al destierro. Gálvez a Francia; Palma a Valparaíso. Al despedirse el escritor del representante de Chile, escribió en el álbum de su esposa, la siguiente poesía intitulada *Al partir para el destierro (Improvisación en el álbum de la Sra. Doña María del Rosario Vergara Rencoret de Astaburuaga)*, y en cuyo pie se leen estas palabras: *Asilado en la Legación de Chile en Lima, Diciembre 20 de 1860*. Dice así:

Al arpa del proscrito
Pedís una armonía;
Al ave que se aleja,
Pedís una canción;
Queréis que exhale en versos
La desventura mía.
Y que hasta vos levante
Mi humilde inspiración.
La aurora de la vida
Refleja en vuestros ojos;
Su brillo no ha nublado
Jamás el padecer.
¡Qué nunca en vuestra senda
Se crucen los abrojos!
¡Que nunca tengáis llanto,
Señora, que verter!
En medio la amargura
Que me brindó el destierro,
Cuando busqué el asilo
Que a vuestro lado hallé;
Cuando al dejar la patria,
Doliente peregrino,



Pensé que a perder iba
 Mi espíritu, su fe;
 Cuando tal vez ya seca
 La fuente de mi llanto
 La duda emponzoñaba
 Mi pobre juventud;
 Vuestro recuerdo llevo
 Como un perfume santo
 Que inspirará en mi vida
 Creencia y gratitud.

No es muy buena; pero es un documento. Las estrofas finales tienen cierta fluidez y dan la sensación de una desesperanza contenida. Ella debía ser mayor aun cuando la realidad fuese un hecho, en el instante mismo en que el vapor levaba anclas, y la línea del puerto del Callao se fuera haciendo imperceptible y una estela blanca, una bruma tenue, no perfilara en el horizonte la tierra querida. Entonces escribe estas estrofas intituladas *Navegando*:

Parto ¡oh! patria desterrado...
 De tu cielo arrebolado
 Mis miradas van en pos:
 Y en la estela
 Que riela.
 Sobre la faz de los mares
 ¡Ay! envío a mis hogares
 Un adiós.
 ¡Patria! ¡Patria! Mi destierro
 Me arrebató peregrino
 Y para siempre quizás...
 Si desmaya
 En otra playa
 Mi varonil ardimento
 Mi postrero pensamiento
 Tú serás.

Palma llegaba a Valparaíso sin tener mayores relaciones. Astaburuaga le había dado una carta de presentación para la poetisa Rosario Orrego de Uribe, que llevaba una activa vida literaria, y también otra para el periodista boliviano desterrado, Juan Ramón Muñoz Cabrera. Desconocía la vida chilena, y apenas si tenía noticias de nuestros literatos. Pero mucho antes que pudiera dar reposo a su espíritu y dejar los escasos bártulos en lugar seguro, la sombra del perseguidor comenzó a cernirse sobre el proscrito. Después del triunfo del Mariscal Castilla en la batalla de la Palma, en 1854 en la que derrotó a su rival el General don Rufino Echenique, vino éste a establecerse en Valparaíso, y desde allí comenzó a conspirar contra el hombre que inauguraba en el Perú una de las administraciones más serias y honradas. Cuando desembarcó el escritor peruano, Echenique todavía residía en el puerto, y a lo que parece, el segundo fué a visitar al primero para ofrecerle su casa y alojarse en ella. ¡Extrañas ironías del destino! El joven escritor liberal, el discípulo de Gálvez, había combatido en los periódicos al caudillo conservador Echenique antes y después de la Palma, levantando la bandera liberal de Castilla, y ahora se encontraba en el exilio unido a su enemigo de ayer y combatiendo a su aliado de hoy.

El destierro une a los hombres en un haz de ferviente simpatía espiritual y de magníficas esperanzas para un mañana mejor. Se anudan los afectos, se inflaman los ideales, se aspira con ansias voluptuosas los aires de la patria atropellada. Echenique y Palma no pudieron sustraerse a ese sentimiento común. Doctrinariamente opuesto a ese caudillo de quien lo separaban ideologías antogónicas, Palma, con el propósito de activar el fuego revolucionario en el Perú, escribió el manifiesto de Echenique justificativo de sus actos, intitulado *Los Hechos*, que era una violenta diatriba contra la administración Castilla. Ya se sabe con cuán-

ta rapidez corre la cizaña en política y cómo Asmodeo sale del tugurio a palacio sembrando en la sombra la ponzoña del veneno. Y no tardó en llegar a Lima el eco del comentario. La prensa oficial agotó los improperios. Llamó a Palma escritor venal, traidor, hombre sin principios. Acusó a los demás desterrados en el mismo tono. La respuesta no se hizo esperar. A la desemplanza en la forma, a la acritud y dureza de los conceptos, seguían las acusaciones más violentas y tremendas contra el Mariscal Castilla. Este manifiesto, suscrito por Palma, Pedro J. Saavedra, Manuel M. Rivas, Benigno Madueño y José Saavedra, apareció en Valparaíso el 10 de Enero de 1860 en una hoja impresa con el título *La Revolución del 23 de Noviembre en el Perú*.

Estas pasiones políticas pasaron, y antes de tres años la obra reconstructiva de Castilla, tan duramente combatida, era reconocida por sus más ardorosos enemigos. Castilla, en efecto, civilizó al Perú. Dominó la plebe. Disciplinó el ejército. Organizó la hacienda. Formó el primer presupuesto de la nación. Aquietó la indiada. Mató el militarismo. Dió las primeras leyes de instrucción primaria. Depuró la justicia. Fué el tipo del tirano organizador a la manera de Portales, que estructuró la República. Ambos, a pesar de todo, ahogaron las conciencias. Pero debe reconocérseles que eran dictadores de doctrina. En América eso es mucho. Ricardo Palma concluyó admirándole. En años de vejez se arrepintió de sus arrestos revolucionarios contra el organizador de su patria, y algunas de sus más saladas tradiciones del periodo republicano, tienen por motivo principal la figura del férreo dictador. ¡Así es la perspectiva del tiempo en la historia!

Hasta este momento la labor literaria de Palma en Valparaíso es casi nula. Le preocupan, como ya se ha visto, las cuestiones políticas de su patria. Comienza a darse a conocer entre los porteños a raíz de una po-

lémica de prensa de carácter internacional americana nista. En efecto, con motivo de la política agresiva de España para con sus antiguas colonias, especialmente para con México donde se tornó en hechos de franca y audaz intervención, escribió el peruano un artículo intitulado *La Reconquista*. Tuvo la mala suerte de que el editor de el diario *El Mercurio*, el español José Santos Tornero, hombre de acendrado patriotismo, no consintiera en la publicación del escrito de Palma por considerarlo un tantico exagerado y violento en sus apreciaciones contra España y sus políticos. El poeta recurrió entonces al volante, y en una corta introducción redactada de exprofeso para contar la negativa de Tornero, le lanzó un buen número de conceptos duros y desaliñados. La hoja volandera, entretanto, circuló con profusión. Atacado en esa forma, el editor español replicó editorialmente explicando su conducta. Palma duplicó entonces, con el mismo título y en la misma forma que en su anterior volante. Se anudó una discusión agria, que sólo vino a terminar cuando en la *Revista de Sud América*, de que era redactor jefe el mismo Palma, éste escribió en una *Crónica de la Quincena*, un artículo resuelto y mesurado, debelando las intenciones de la política española.

Todos los hombres de la primera generación del siglo XIX, en todo el continente, fueron fervientes americanistas. Entendíanlo como la expresión de la unidad de la raza, de la lengua y de los anhelos democráticos comunes. El sueño de Bolívar estaba redivivo en ellos. Y es Palma en Valparaíso quién, después de la polémica recordada, funda, en compañía del General de la independencia de Chile, Argentina y el Perú, don Ramón Dehesa y del poeta chileno José Antonio Torres y del boliviano Juan Ramón Muñoz, *La Unión Americana: Sociedad de Republicanos*. La divisa de esa institución, como reza su programa, era combatir las pretensiones dominadoras de la España de Isabel II,

de la Francia de Napoleón III y de la Inglaterra de la Reina Victoria, que habían lanzado el águila caudal de la conquista sobre el México de Juárez y del General Zaragoza, el heroico defensor de Puebla. En el horizonte ya se divisaba el conflicto del Pacífico...

Esa sociedad inició una labor de propaganda americanista que en estos instantes de luchas e inquietudes fraticidas, es oportuno recordar. Ellos sus miembros y sus prosélitos, en la prensa, en los meetings, en la tribuna, donde quiera que estuvieran, hablaron de la necesidad de mancomunar esfuerzos, de avivar ideales, de levantar los grandes recuerdos de la jornada heroica de la independencia, que fué la obra colectiva de un solo anhelo desde el Río Grande del imperio azteca hasta, la lejana y remota isla de Chiloé. Entonces surgieron nimbadas por la luz de la gloria, las viejas figuras de la epopeya magnífica de la liberación, y el recuerdo de sacrificios fraternos, cuando los pueblos de la América Hispana buscaban su independencia, aparecieron más grandes ahora que una inicua conquista, impuesta en razón de un poderío mayor, amenazaba la integridad del continente. Era un grito de alerta. En Chile respondieron al llamado de unión sus más grandes hombres: Lastarria, Vicuña Mackenna, Santa María, Tocornal, Matta, Las Heras. En Lima, Vigil, Lavalle, Miller y tantos otros. Palma llevó la consigna de su idealismo americano hasta los templos de la masonería. El escritor peruano pertenecía al oriente de Lima con el grado 18, y cuando salió para el exilio fué investido con la función de visitador. La logia chilena, organizada por el gran oriente de Francia, y dependiente de ella, se separó del tronco madre como manifestación de protesta por la conducta de Francia y Napoleón III respecto de América. Esta fué una victoria de Palma, porque de este modo consiguió la independencia del oriente de Chile, de la cual fuera en Valparaíso, orador

Volvamos ahora a su labor literaria en el destierro. El año de 1860 la ciudad porteña recién comenzaba a surgir de las inquietudes y trastornos de la revolución de 1859. Se abría una era de paz para los espíritus ya bastante fatigados con la dura e inflexible política represiva del decenio de Montt. La promesa de respeto a las ideas que encarnaba el nuevo régimen, reavivó en Valparaíso un intenso movimiento comercial, que fué como el anuncio de una aurora de bienestar material. La planta de la ciudad, todavía estrecha, con un sabor de puerto cosmopolita presentaba al viajero una sensación abigarrada. En él era fácil advertir el origen español de sus casonas e iglesias de construcción maciza, de sus amplios conventos opulentos. La plaza de la intendencia, el muelle, los malecones, descuidados y sucios, no indicaban una administración eficiente. Las casas chatas, apretujadas, resaltaban por los colores chillones de sus pinturas. Alrededor de la playa una hampa de hombres y mujeres dudosos, se confundían con los cargadores bronceados y soeces, rudos y fortachos. Los fleteros atravesaban el puerto levantando en el aire el acompasado y monótono golpear de las aguas con los remos. A veces lo cruzaban silbando las entonaciones de un canto nacional. Hacia los cerros la visión cambiaba. Las construcciones tenían otro carácter y daban la impresión de haber sido levantadas por hombres de más ágil pensamiento, que tenían de la vida un sentido de comodidad y confort. Eran las residencias inglesas, francesas o norteamericanas. Se habían retirado del estrecho plano, un poco ingrato, para anidar sus hogares en los principales contrafuertes cerriles.

No bien se inició el auge comercial y financiero en la capital porteña, se abrieron también los mejores salones de aquella sociedad. El de Rosario Orrego fué el primero. Allí llegó el emigrado peruano precedido de su fama de poeta y de escritor. Le daban realce a

aquellas condiciones, su desventura política y también —¿por qué no decirlo?—su noble y discreta pobreza. Rosario Orrego era un espíritu amplio, generoso y desinteresado. Fiel amantísima de las musas, romántica, luego anudó con Palma estrecha simpatía intelectual. Fué ella quien lo introdujo en el cenáculo literario de la *Sociedad Amigos de la Ilustración*, centro fundado por «Jacinto Chacón en unión de sus hermanos y de otros hombres de luces—dice Lastarria—entre los cuales figuraban varios distinguidos extranjeros, como el eminente diputado republicano francés M. Adolfo E. Gent, el doctor español Roselló, M. Fuillet y M. Desmadryl». «En seguida el mismo Chacón restableció desde el 1.º de Enero de 1860 la *Revista del Pacífico*, para que Valparaíso, decía el prospecto de esta segunda serie de aquel periódico, tuviera una voz y una representación en el movimiento literario del país».

Las colaboraciones de Palma en esta revista no fueron muy abundantes, pero habrá que reconocer, como decíamos al comienzo de este estudio, que ya aquí se encuentra en madurez el género de las tradiciones. Basta sólo citar algunas de ellas para confirmar este aserto. La que se intitula *El Virrey de las Adivinanzas*, que ha gozado de justa fama, revela ya al escritor en el período de su mejor formación. El lenguaje asume su forma portentosa; el estilo es de un casticismo admirable. Imaginación, poder evocador, tendencia a reír burlonamente: he ahí lo que estas primeras tradiciones nos demuestran. Es cierto, sin embargo, que las leyendas publicadas por Palma en la revista mencionada no son muy abundantes,—tres o cuatro—pero el valor de ellas es muy parejo, muy igual, y viene a confirmar mi impresión de que el gran escritor fué en Chile donde concluyó de plasmar la forma, la manera creadora, que habría de hacerlo célebre. Mas abundantes son, en cambio, las poesías.

Inicia aquí en la *Revista del Pacífico* la serie de esas breves composiciones que él intituló *Armonías del destierro*, y que en Lima, de regreso, reunió en un volumen con el mismo nombre.

Mucho más amplia, por la variedad de materias que en ellas trató, fué la labor de Palma en la *Revista de Sud América*, órgano como la anterior, de la *Sociedad Amigos de la Ilustración*. En ella comenzó como simple colaborador y terminó como redactor principal y director. Sus primeros dirigentes habían sido el boliviano Juan Ramón Muñoz y el periodista nacional Manuel Guillermo Carmona. La obra de Palma puede dividirse en cuatro bien marcados aspectos: los estudios de crítica literaria; los estudios históricos; las tradiciones; las poesías y las crónicas de la quincena americana, notas frescas sobre los sucesos políticos y literarios de todo el continente.

Los ensayos de crítica literaria se refieren principalmente a los poetas peruanos. Dió a conocer, publicando sus mejores versos, a Manuel Segura, poeta cómico y comediógrafo; al atildado Carlos Augusto Salaverry; al fino y delicado Manuel Adolfo García; a Manuel Castillo, a José Osvaldo Márquez, a Angel Fernando Quiroz, al español Fernando Velarde, su maestro en los días de bohemia, al argentino Juan María Gutiérrez y a la poetisa ecuatoriana Dolores Veintemilla. Hay otros trabajos que me parece ocioso nombrar aquí.

Los estudios históricos de Palma, reunidos después en un volumen intitulado *Anales de la Inquisición de Lima*, forman en el acervo de la obra del escritor uno de sus timbres de orgullo. Palma nos introduce discretamente en el tremendo tribunal para hacernos conocer sus procedimientos y artimañas. La obra fué, sin duda, una revelación, y para el tiempo en que se produjo, cuando los ultramontanos de la escuela francesa hacían su Agosto en América, no pudo haber mejor

y más espléndido argumento, que los hechos escuetos, fríos y exactos presentados por Palma. Había una intención anticlerical en esas páginas, velada, es cierto, pero profundamente certera. Palma convivía entonces con el romanticismo literario y político, y como tal hacía gala de cierta liviana incredulidad. Ni dioses ni santos, ni frailes ni monjas. No olvidemos que eran los tiempos en que el belga Lavelaye proclamaba la decadencia de los países católicos por el hecho de serlos, y el triunfo de los protestantes por haberse independizado del papado. ¿Qué estudio podía probar mejor la tesis de aquel autor que los *Anales de la Inquisición en Lima* de Palma? ¡Y tan donosamente escritos, tan frescos, tan amenos! Cualquiera que sea su mérito histórico, y fueron superados los suyos por nuestro gran Medina, su valor literario es permanente.

La parte más rica de la primera serie de tradiciones corresponde a las publicadas en la *Revista de Sud América*. Es inútil volver sobre ellas e insistir en su calidad.

Las notas poéticas de las *Armonías del destierro* se continúan aquí como en la *Revista del Pacífico*, y estas expresiones no son acaso las mejores del poeta.

Tal fué, bosquejada a grandes rasgos, la permanencia de Ricardo Palma en Chile, estancia fructífera por la cosecha literaria que representó para su obra. A comienzos de Febrero de 1863, el tradicionista regresaba a Lima. Comenzaba para él la gloria de su nombre y con ella el prestigio literario del Perú. Para la América esa fama era el triunfo espiritual de la raza en todo el Continente.